

## VII. La dinámica del deporte moderno: notas sobre la búsqueda de triunfos y la importancia social del deporte

ERIC DUNNING

### INTRODUCCIÓN

El tema de este ensayo es lo que para mí constituye la tendencia dominante en todo el mundo dentro del deporte moderno: la tendencia, en todos los niveles de participación pero de forma más patente en el deporte de alto nivel, hacia una creciente competitividad, seriedad en la participación y búsqueda de triunfos.<sup>1</sup> Dicho con otras palabras, la tendencia a que me refiero implica la erosión gradual pero aparentemente inexorable de las actitudes, valores y estructuras del deporte como «afición» y su correlativa sustitución por las actitudes, valores y estructuras «profesionales», sea cual sea el sentido de este término. Vista desde otro ángulo más, se trata de la tendencia del deporte, en todos los países del mundo, a dejar de ser una institución marginal y escasamente valorada para convertirse en otra central y merecedora de un valor mucho más alto, institución que para muchos parece tener importancia religiosa o cuasirreligiosa, en el sentido de que se ha transformado en una de las principales, si es que no en la principal, fuente de identificación, significado y gratificación en sus vidas.

Oposiciones a esta tendencia las ha habido varias veces en Gran Bretaña, la más notable de las cuales quizás haya sido el esfuerzo que desde fines del siglo XIX se ha venido haciendo por mantener el rugby como un deporte de aficionados, centrado en el jugador, basado en la organización voluntaria y en un marco informal de partidos «amistosos», es decir, como un deporte en el que las reglas están destinadas a garantizar el placer de los jugadores más que el de los especta-

<sup>1</sup> Este ensayo fue publicado con anterioridad en *Sport-wissenschaft*, vol. 9, 1979, 4, con el título «La dinámica figuracional del deporte moderno: notas sobre la sociogénesis de la búsqueda de récords y la importancia social del deporte». Se basa en el análisis presentado en Eric Dunning y Kenneth Sheard, *Barbarians, Gentlemen and Players*, Oxford, 1979. No obstante, lo supera en diversos aspectos.

dores, en el que la organización de los clubes, a nivel regional y nacional, es entendida como un pasatiempo no remunerado, y en el que no hay estructura de competencia formal, de «copas» ni «ligas». No obstante, el intento por conservar tal estructura ha fracasado de forma manifiesta. Pese a los extenuantes esfuerzos por parte de los grupos de gobierno del juego, ahora se juegan partidos del más alto nivel ante multitudes y se han introducido diversas reglas orientadas hacia el espectador. Los clubes también compiten anualmente por la Copa John Player así como por otras de rango local, y existe un sistema de «tablas de méritos» que son ligas en todo menos en el nombre. Por si esto fuese poco, el órgano de control nacional, la Rugby Football Union (RFU), y muchos clubes importantes dependen financieramente de los ingresos obtenidos por los asistentes a los partidos y de patrocinadores de marcas comerciales. La RFU da trabajo además a varias personas con carácter fijo y existen repetidos rumores de que algunos jugadores reciben un salario. En resumen, en éste como en otros casos, la oposición ha sido vencida, lo cual conduce a pensar que la tendencia hacia una seriedad y competitividad mayores o, alternativamente, hacia el «desaficionismo» del deporte, es un proceso social imparable.<sup>2</sup>

Pero tal afirmación no significa que la resistencia haya desaparecido por completo. Los conflictos acerca del deporte orientado hacia el juego, el deporte de afición *versus* el deporte orientado hacia el logro de éxitos, las formas y concepciones profesionales del deporte, continúan en el rugby y en los demás juegos, lo cual da fe de que este proceso no es sólo cosa del pasado. Además, aparte de ser imparable y constante, este proceso era, y es, fuente de conflictos, por lo cual constituye un ejemplo de lo que Elias llamaría un proceso social a largo plazo «ciego» o «no planificado».<sup>3</sup> Es decir, que no es el resultado de los actos intencionados de un individuo o grupo aislado, sino más bien el resultado impensado de la trama de acciones volitivas de los miembros de varios grupos interdependientes a lo largo de varias generaciones.

Lo que me propongo en este trabajo es esbozar una explicación sociogenética de este proceso a largo plazo, es decir, explicar de qué manera fue y continúa siendo generado social o estructuralmente. Esto significa, desde el lado positivo, que buscaré una explicación en términos de la estructura y la dinámica inmanente en las relaciones sociales *per se* y, desde el lado negativo, que evadiré tres clases de explicaciones sociológicas muy comunes, que son: 1) las explicaciones sobre la base de principios psicológicos o «de acción», que hacen caso omiso de las pautas

<sup>2</sup> Para una plena documentación y análisis de ese proceso véase Dunning y Sheard, *Barbarians...*, *op. cit.*

<sup>3</sup> *El proceso de la civilización*, 3ª ed., FCE, México, 2009.

de interdependencia dentro de la cual viven los seres humanos; 2) las explicaciones basadas en ideas y creencias conceptualmente tratadas como «flotantes a la deriva», es decir, que no toman en cuenta el marco social en el que las ideas siempre se desarrollan y se expresan; y 3) las explicaciones basadas en fuerzas sociales abstractas e impersonales —las fuerzas «económicas» por ejemplo— que son reificadas y consideradas con existencia independiente de los seres humanos interdependientes que las generan. A fin de cumplir mi objetivo, emplearé el método «figuracional» desarrollado por Elias<sup>4</sup> y, para ilustrar lo que éste significa, comenzaré con una reseña del artículo «Dinámica de los grupos deportivos» que Elias y yo publicamos en 1966.

#### «DINÁMICA DE LOS GRUPOS DEPORTIVOS»: UNA BREVE RESEÑA

El argumento central de este artículo es que los grupos deportivos son figuraciones sociales y que la mejor forma de conceptualizar su dinámica es verla como un equilibrio de tensiones entre opuestos en todo un complejo de polaridades interdependientes. Esto quiere decir que, visto sociológicamente, un deporte o juego es una «estructura» o «patrón» formado por un grupo de seres humanos interdependientes. Esta estructura, patrón o, más exactamente, figuración comprende: 1) los dos individuos o equipos que cooperan entre sí en rivalidad más o menos amistosa; 2) agentes de control como los árbitros o jueces de línea; y 3) a veces, pero no siempre, un número mayor o menor de espectadores. No obstante, la figuración inmediata formada por quienes participan directamente en el juego y están presentes en él forma parte de una figuración más amplia constituida, en un nivel, por las organizaciones de los clubes que seleccionan a los equipos y son responsables de asuntos como proporcionar y mantener las instalaciones donde se juega y, en otro, por los órganos directivos y administrativos que formulan las reglas, certifican y designan a los oficiales que ejercerán el control y organizan el marco global de la competencia. Esta figuración forma parte, a su vez, de la figuración aún mayor constituida por los miembros de la sociedad en su conjunto y, a su vez, también la figuración societal existe en un marco internacional. En pocas palabras: los deportes y los juegos son figuraciones sociales que están organizadas y controladas y que asimismo la gente presencia y juega. Además, no están desligadas de lo social ni flotan libremente, sin relación con la estructura más amplia de interdependencias sociales, sino que van entrelazadas, a menudo inex-

<sup>4</sup> *What is Sociology?*, Londres, 1978.

tricablemente, con el tejido de la sociedad en general y, a través de éste, con la estructura de las interdependencias internacionales.

El concepto de la dinámica de los grupos deportivos alude a los juegos como procesos, es decir, al patrón fluido y cambiante formado, como si dijéramos, en «cuerpo y alma», por los participantes interdependientes mientras dura el juego. Se trata de un patrón que ellos forman con todo su ser, es decir, intelectual y emocionalmente, no sólo físicamente. El concepto *equilibrio de tensiones* se basa en una analogía orgánica. Así, igual que la motilidad de un miembro animal depende de la tensión contenida entre dos grupos de músculos en equilibrio y sin embargo antagonistas, del mismo modo, sugeríamos nosotros, el proceso de juego depende de la tensión entre dos jugadores o grupos de jugadores simultáneamente antagonistas e interdependientes que se mantienen el uno al otro en equilibrio. Y la mejor forma de conceptualizar este equilibrio de tensiones es concebido como un equilibrio entre los contrarios de todo un complejo de polaridades interdependientes. Entre éstas —y sin la intención de proporcionar una lista exhaustiva— señalamos las siguientes:

- 1) polaridad global entre dos equipos opuestos;
- 2) polaridad entre ataque y defensa;
- 3) polaridad entre cooperación y tensión entre los dos equipos;
- 4) polaridad entre cooperación y competencia dentro de cada equipo;
- 5) polaridad entre el control externo sobre los jugadores en varios niveles (por ejemplo, por los directivos, capitanes, compañeros de equipo, árbitros, jueces de línea, espectadores, etc.) y el control flexible que cada jugador ejerce sobre sí mismo;
- 6) polaridad entre la identificación afectiva con el contrario y la rivalidad hostil hacia él;
- 7) polaridad entre el placer en la agresión que experimentan los jugadores individualmente y la restricción impuesta sobre ese placer por el patrón de juego;
- 8) polaridad entre la elasticidad y la rigidez de las reglas.

Presentábamos la hipótesis de que es el equilibrio de tensiones entre estas polaridades interdependientes lo que determina el «tono» del juego, es decir, el hecho de que éste resulte emocionante o monótono, o bien que no pase de ser un «remedo de batalla» o estalle en un combate serio. Implícita asimismo en nuestra conceptualización está la idea de que tal equilibrio de tensiones es consecuencia, en parte, de la dinámica relativamente autónoma de las figuraciones concretas

del juego y, en parte, del modo en que tales figuraciones se articulan en la estructura mayor de las interdependencias sociales.

Considerando mi actual objetivo, debe bastar con lo dicho para ilustrar mi esquema conceptual. Creo que éste continúa siendo provechoso, aunque, en retrospectiva, observo con asombro que dependía parcialmente de ideas preestablecidas derivadas de una concepción del deporte como afición, es decir, de lo que Elias consideraría una «evaluación heterónoma».<sup>5</sup> Tales ideas, si bien no nos desviaron del camino, creo que limitaron nuestra visión y nos impidieron desarrollar más el análisis al menos en un aspecto importante. Para mostrar cómo ocurrió esto es necesario primero recordar qué pretendíamos al escribir sobre la dinámica de los grupos deportivos. Con nuestro ensayo no esperábamos simplemente aportar algo a la sociología del deporte, sino más bien queríamos sugerir a los sociólogos en términos generales que los grupos deportivos pueden servir para ilustrar, primero, el peligro en que se incurre al tratar conflicto y consenso como dicotomías crudamente opuestas y, segundo, el peligro de caer en la falacia teleológica al conceptualizar la dinámica de grupos, atribuyendo «propósitos» a construcciones sociales reificadas. Fue al debatir sobre tales temas cuando se manifestó claramente nuestra dependencia de los valores del aficionismo. Por esa razón, en un párrafo en que contrastábamos los grupos deportivos con las asociaciones industriales, administrativas y de otros tipos implicadas en lo que generalmente se considera los asuntos «serios» de la vida, escribimos que el «propósito» de los grupos deportivos, «si es que tienen alguno, es proporcionar placer a la gente»,<sup>6</sup> y pasábamos luego a mencionar, como otras metas o fines de la gente implicada en los grupos deportivos, la búsqueda de premios o recompensas de tipo económico o de estatus y la emoción de los espectadores. Pero no analizamos el hecho de que estos objetivos entrañan diferentes formas de valencia, es decir de lazos o, dicho de forma más simple, de relaciones entre el grupo que interviene en el juego de manera inmediata y otros grupos. Por tanto, la búsqueda del placer es, en resumen, egocéntrica, dirigida a uno mismo, mientras que la búsqueda de recompensa y de emoción para los espectadores va dirigida a los otros. Esto sugiere tres cosas: 1) que estos objetivos surgen como meta principal del deporte dentro de diferentes patrones de interdependencia; 2) que, en determinadas circunstancias, pueden ser incompatibles entre sí y provocar, por tanto,

<sup>5</sup> Es decir, una evaluación que reflejaba los intereses y valores de grupos específicos dentro de la sociedad más amplia y que no fue elaborada de forma autónoma por nosotros especialmente para llevar a cabo nuestro análisis sociológico. Véase Norbert Elias, «Problems of Involvement and Detachment», *British Journal of Sociology*, vol. 7 (1956), pp. 226-252.

<sup>6</sup> Norbert Elias y Eric Dunning, «Dynamics of Sport Groups with Special Reference to Football», *British Journal of Sociology*, vol. 17 (1966), p. 79, y capítulo vi de este volumen, p. 258.

tensión y conflicto; y 3) que la lista de polaridades interdependientes que intervienen en la dinámica de los grupos deportivos puede ampliarse al menos con estas dos: a) la polaridad entre los intereses de los jugadores y los intereses de los espectadores; y b) la polaridad entre «seriedad» y «juego».

Como espero demostrar, estas dos polaridades están íntimamente interrelacionadas. Son decisivas también en el sentido de que tienen efectos ramificadores en las demás polaridades interdependientes que actúan en la dinámica de los juegos. Así, cuando los jugadores participan seriamente en un juego, se elevará el nivel de tensión y, en determinado momento, aumentará probablemente la incidencia de la rivalidad hostil tanto dentro de los equipos como entre ellos; es decir, el juego se transformará probablemente, dejando de ser un combate fingido para convertirse en uno «real» y los jugadores tenderán a transgredir las reglas, a jugar de manera «sucias» o desleal. O, en la medida en que los espectadores se identifiquen seriamente con sus equipos favoritos, será menor la posibilidad de que contemplen la derrota en forma ecuánime y mayor la de que realicen actos tendentes a modificar el resultado del encuentro. Una vez más, llegados a cierto punto, pueden incluso invadir el terreno de juego con la intención de que se suspenda el partido.

#### ALGUNAS TEORÍAS DEL DEPORTE MODERNO: UNA BREVE CRÍTICA

La polaridad entre los intereses de los jugadores y los de los espectadores así como la que existe entre «seriedad» y «juego» ya ha sido tema de intentos de elaboración de teorías en la sociología del deporte, el más notable de los cuales, desde el punto de vista histórico-filosófico, ha sido el de Huizinga;<sup>7</sup> desde el punto de vista de la interacción simbólica, el de Stone;<sup>8</sup> y desde el punto de vista marxista, el de Rigauer.<sup>9</sup> A su manera, cada uno de estos autores arguye que en el deporte moderno se ha rebasado el punto de equilibrio entre estas polaridades, y espero que un repaso crítico de lo que ellos escribieron proporcione una base para demostrar la superioridad del enfoque figuracional de Elias como medio para poder realizar un análisis «adecuado al objeto» de lo que constituye una corriente central en el deporte moderno, es decir, un análisis que explique esta tendencia simplemente como lo que es, sin encajes ni distorsiones ideológicas.

<sup>7</sup> Johan Huizinga, *Homo Ludens: A Study of Play Element in Culture*, Londres, 1949.

<sup>8</sup> Gregory P. Stone, «American Sports: Play and Dis-Play», en Eric Dunning (comp.), *The Sociology of Sport: A Selection of Readings*, Londres, 1971.

<sup>9</sup> Bero Rigauer, *Sport und Arbeit*, Fráncfort, 1969.

El argumento principal de Huizinga es que hasta el siglo XIX las sociedades occidentales mantenían el equilibrio entre las polaridades de seriedad y juego pero que, con la industrialización, el desarrollo de la ciencia y los movimientos sociales igualitarios la seriedad comenzó a ganar terreno. A primera vista, el hecho de que el siglo XIX presenciara el desarrollo a gran escala de los deportes parecería contradecir su tesis, pero Huizinga arguye que, al contrario, la confirma, toda vez que en los deportes modernos «el viejo factor del juego ha sufrido una atrofia casi completa». Como parte del declive del elemento lúdico en la civilización moderna en general, los deportes han experimentado lo que él denomina «un fatal giro hacia la superseriedad». La distinción entre aficionados y profesionales es, en su opinión, la señal más clara de esta tendencia, la cual se debe a que los profesionales carecen de «espontaneidad y descuido» y ya no juegan verdaderamente, mientras que, al mismo tiempo, su actuación es superior, haciendo que los aficionados se sientan inferiores y traten de emularlos. Entre ambos, según Huizinga, estos dos grupos

empujan cada vez más al deporte fuera del ámbito del juego propiamente dicho, hasta que éste se convierte en algo *sui generis*, ni lúdico ni formal. En la vida social moderna, el deporte ocupa un lugar paralelo e independiente del proceso cultural [...] se ha vuelto profano, «impío» en todos los sentidos, y sin relación orgánica con la estructura de la sociedad, mucho menos cuando está prescrito por el gobierno [...] Por muy importante que sea para los jugadores o espectadores, no deja de ser estéril.<sup>10</sup>

Pero, aparte de relacionar el deporte descriptivamente con una tendencia general y señalar lo que él consideraba los efectos destructivos de la interacción entre aficionados y profesionales, Huizinga no se ocupó de la dinámica, la sociogénesis de esa supuesta tendencia hacia la «esterilidad», la «superseriedad» y la «impiedad» del deporte moderno. Esta cuestión es abordada más satisfactoriamente por Stone, quien modifica los argumentos de Huizinga sugiriendo que los deportes modernos están sometidos a una doble dinámica, resultado, en parte, de la manera en que se ven atrapados en las «luchas, tensiones, ambivalencias y anomalías» de la sociedad en general y, en parte también, debido a ciertas características de su estructura. Sólo el último aspecto de su análisis nos interesa aquí.

«Todos los deportes —alega Stone— están afectados por los antinómicos principios de juego y exhibición», es decir, están orientados a proporcionar satis-

facción a los jugadores o bien a los espectadores. Pero la «exhibición» realizada para los espectadores destruye, según Stone, la naturaleza lúdica del deporte. Siempre que un gran número de espectadores asiste a un acontecimiento deportivo, éste se transforma en espectáculo, en un juego para los espectadores, no para los participantes directos. Los intereses de aquéllos predominan sobre los intereses de éstos. El placer de jugar queda subordinado a la realización de jugadas que agraden a las masas. El deporte comienza a perder su incertidumbre, su espontaneidad y su capacidad de innovación lúdica y se convierte en una especie de ritual, predecible y aun predeterminado en cuanto al resultado final.

El análisis de Rigauer depende sobremanera de los postulados marxistas sobre la naturaleza explotadora del trabajo en las sociedades capitalistas, categoría que él hace extensiva a sociedades como la de la Unión Soviética, presumiblemente por considerarlas un capitalismo o socialismo «de Estado» y no diferentes, en esencia, de las sociedades capitalistas del tipo más puro. Según él, el deporte moderno es un producto «burgués», una recreación practicada inicialmente por miembros de la clase dominante para su propio placer. A ellos les servía como contrapeso del trabajo pero, debido al aumento de la industrialización y a la difusión cada vez mayor del deporte hacia abajo en la escala social, ha llegado a adquirir unas características semejantes a las del trabajo. Por consiguiente, al igual que ha ocurrido con diversos tipos de trabajo en las sociedades industrializadas, el deporte —plantea Rigauer— se está caracterizando cada vez más por la búsqueda de éxitos. Esto se ve en la tendencia a batir marcas, en las horas de entrenamiento agotador invertidas en ese fin y en la aplicación de métodos científicos con tal de mejorar la actuación de los deportistas. Además, algunas técnicas de entrenamiento por «fases» y «circuitos» reproducen el carácter enajenante y deshumanizador de la producción en cadena. Incluso en los deportes «individuales» el papel del deportista se está reduciendo a una parte de toda una constelación de entrenadores, directivos y médicos, tendencia doblemente manifiesta en los deportes de equipo, en los que el moderno deportista se ve obligado a encajar en una división fija del trabajo y a satisfacer las demandas de un plan táctico ya prescrito. Individualmente, poco puede hacer él para diseñar ese plan.

Consecuentemente, queda reducido su margen de iniciativa. Esto es incluso más cierto en el caso de los administradores deportivos ya que, cada vez más, son funcionarios de jornada completa y no deportistas quienes toman las decisiones sobre lo que hay que hacer. El resultado, concluye Rigauer, es la constante restricción en la toma de decisiones individuales y el dominio de la mayoría por una élite burocrática.

De este diagnóstico se desprende que el deporte cada vez servirá menos para

<sup>10</sup> *Homo Ludens*, pp. 223 y ss.

proporcionar alivio de las tensiones del trabajo. Rigauer arguye que se ha vuelto exigente, orientado hacia el éxito y enajenante. Aún perdura la creencia de que funciona como contrapeso del trabajo, pero esto es una «ideología encubridora» para ocultar a los participantes su verdadera función, que no es otra que la de reforzar en la esfera recreativa la ética del trabajo duro, el éxito y la lealtad de grupo necesaria para el funcionamiento de una sociedad industrial avanzada. En este sentido, según Rigauer, el deporte contribuye a mantener el *statu quo* y a reforzar el dominio de la clase gobernante.

A primera vista, estos tres diagnósticos —que el deporte se está volviendo más «serio», que la «exhibición» está predominando y destruyendo el ingrediente «juego», y que el deporte cada vez se distingue menos del trabajo— parecen descripciones adecuadas de una corriente importante en el deporte moderno. Sin embargo, en los tres análisis hay un sesgo valorativo que pone en duda su adecuación. Cuesta creer, por ejemplo, que los deportes hayan mantenido su popularidad, que la hayan aumentado, como de hecho ha ocurrido en todos los países del mundo, si en ellos el factor juego se hubiera atrofiado hasta el punto en que afirma Huizinga, o si, como alega Rigauer, se hubieran vuelto tan enajenantes y represivos como el trabajo, o si, para terminar, se hubiera dañado tan seriamente, como diría Stone, el equilibrio entre exhibición y juego. Es posible, desde luego, que en su difusión hayan intervenido factores como la obligatoriedad y/o la búsqueda de beneficios aparte del placer personal y directo, dando en cierto modo pie a los efectos deletéreos que produce la participación cada vez más seria. Que tales contracorrientes niveladoras han ocurrido de hecho queda implícito en los argumentos presentados más adelante en este ensayo. Por el momento, es suficiente con señalar que Huizinga, Rigauer y Stone no prestan atención a tal posibilidad.

Por si esto fuera poco, Huizinga es un romántico que anhela una sociedad «orgánica». También queda implícito en su análisis que la «democratización» de los deportes sea la principal causa de su «declive». En resumen, sus palabras implican que la creatividad y las normas morales elevadas son un campo cerrado de las élites. Su crítica de los deportes modernos da en el blanco, sobre todo —aunque resulta exagerada— su afirmación de que se ha producido un «giro hacia la superseriedad». Sin embargo, aparte de relacionarla con lo que él considera una corriente cultural general, no hace nada por estudiar la sociogénesis de esta supuesta transformación del deporte, por relacionarla sólidamente con sus fuentes sociales estructurales.

Similares consideraciones se aplican a la crítica de Rigauer, quien no hace ningún intento por analizar empíricamente la manera en que se ha producido la alegada correspondencia estructural entre el deporte y el trabajo. Tampoco dis-

tingue entre formas de trabajo, formas de deporte y países diferentes en este sentido, ni intenta determinar si son distintos o no los grupos que proponen, por una parte, valores orientados hacia el éxito y, por la otra, valores que resalten el factor recreativo, el placer proporcionado por el deporte. Como tampoco intenta documentar empíricamente los cambios que, según él, han tenido lugar con el paso del tiempo en el equilibrio entre estos valores. Rigauer simplemente pinta un cuadro general e indiscriminado que afirma que todos los deportes en todos los países industrializados han desarrollado características similares a las del trabajo y que, en esa medida, sirven por tanto a los intereses gobernantes.

El análisis de Stone, si bien, al igual que el de Huizinga, resalta los nocivos efectos de la democratización de los deportes, es sociológicamente más satisfactorio. Sin embargo, hay razones para creer que su análisis del equilibrio entre juego y exhibición no consigue llegar al meollo del problema. Desde el punto de vista figuracional, no se trata simplemente de la presencia o ausencia de espectadores o, cuando éstos están presentes, de la interacción entre ellos y los jugadores, sino, lo que es más importante, de los *patrones de interdependencia* entre los grupos que participan. Así, la presencia de espectadores en un acontecimiento deportivo puede *inducir* a los jugadores a exhibirse pero no *obligarlos* a que lo hagan. El elemento lúdico, en cualquier deporte, tenderá más a verse seriamente amenazado cuando los jugadores *dependan* de los espectadores —o de agentes externos como grupos con intereses comerciales y el Estado— para obtener beneficios económicos y de otro tipo. En tales condiciones, sea el deporte abiertamente profesional o nominalmente de afición, las presiones encaminadas a permitir que los intereses de los espectadores asuman un papel importante, a hacer que el «juego» se convierta en «espectáculo», pueden ser apremiantes.

Efectivamente, en sus respectivos exámenes del desarrollo del deporte moderno, ni Huizinga ni Rigauer ni Stone se han ocupado satisfactoriamente de la dinámica de ese proceso. Sus análisis son en cierto modo curiosamente impersonales. Cada uno presenta una corriente relacionada con la industrialización, pero todos prestan escasa o nula atención a los choques de intereses o de ideologías de los grupos. En sus análisis —sobre todo en los de Huizinga y Rigauer— casi parece como si los viejos valores y formas del deporte estuvieran desvaneciéndose sin conflicto. Que se trata de un planteamiento supersimplificado, independientemente de sus méritos como primera aproximación a una teoría sociológica de la corriente dominante en el deporte moderno, se verá claramente, espero, tras realizar un análisis figuracional de dicha corriente.

En lo que sigue a continuación trato de indicar que la seriedad cada vez mayor del deporte moderno puede atribuirse en gran medida a tres procesos inte-

rrelacionados, que son: la formación del Estado, la democratización funcional y la difusión del deporte a través de la cada vez más dilatada red de interdependencias internacionales. Los dos primeros, ambos entretreídos en las largas cadenas de interdependencia, son naturalmente los procesos estructurales profundos por medio de los cuales Elias explica principalmente la sociogénesis del proceso de civilización.<sup>11</sup>

Esto nos lleva a pensar en la posibilidad de que exista relación entre el proceso civilizador y la tendencia, en los deportes, hacia una creciente seriedad en la participación; esta última, por ejemplo, puede deberse en parte al hecho de que, debido a la socialización del individuo dentro de las normas más restrictivas del sistema moderno de interdependencias sociales, más complejo y opresivo, el individuo moderno, más restringido y civilizado, participa en el deporte con menos espontaneidad e inhibiciones que su antepasado, menos civilizado y con menos limitaciones emocionales, quien vivió en un sistema de interdependencias sociales menos complejo y opresivo. Parece razonable afirmar que esto sea así. No obstante, aún es necesario precisar con exactitud cuáles fueron las relaciones entre la creciente seriedad en la participación deportiva, por un lado, y la formación del Estado, la democratización funcional y el proceso civilizador por el otro.

También queda por demostrar en qué forma estuvo relacionada esta tendencia con la difusión internacional del deporte y cómo estos procesos estructurales profundos pueden brindarnos una explicación de ella más satisfactoria que la ofrecida por Huizinga, Rigauer y Stone.<sup>12</sup> De la primera de estas tareas me ocuparé enseguida.

<sup>11</sup> De hecho, el término *democratización funcional* fue acuñado después por Elias para representar con más exactitud lo que antes había denominado simplemente «presión estructural cada vez mayor desde abajo».

<sup>12</sup> Tengo para mí que la formación del Estado, la democratización funcional y el proceso civilizador también pueden explicar esta tendencia más satisfactoriamente que la hipótesis que cualquier weberiano podría presentar en este contexto, como podría ser, por ejemplo, la de un *Wahlverwandtschaft* o «afinidad electiva» entre el protestantismo asceta y la participación deportiva seria y orientada al éxito, siguiendo la tónica de la relación que según Weber existió entre el protestantismo asceta y el «espíritu del capitalismo». *A priori* tal hipótesis parece razonable pero tropieza con el hecho de que, en Inglaterra al menos, fueron los protestantes quienes trataron de abolir todos los deportes y pasatiempos. Sea como fuere, la hipótesis de Elias es más abarcadora y podría, en potencia, explicar sociogenéticamente la ética protestante. Además, por disolver y trascender la dicotomía que existe, primero entre «lo material» y «lo ideal» y, segundo, entre «causas» y «efectos» —con su hincapié en los nexos o constelaciones de causas y efectos interactuando entre sí o, dicho con más exactitud, por ocuparse de la dinámica específicamente social, es decir, relacional, de las figuraciones sociales—, el método de Elias no conduce a las dificultades metodológicas insuperables que conlleva el enfoque de Weber.

#### ANÁLISIS FIGURACIONAL DE LA TENDENCIA HACIA LA CRECIENTE SERIEDAD EN EL DEPORTE

Para poder llevar a cabo tal demostración, analizaré primero la ética del deporte de afición e intentaré explicar sociogenéticamente tanto ésta como su disolución, es decir, la tendencia hacia la seriedad cada vez mayor que se advierte en el deporte. Luego haré un repaso breve y general por el deporte en la Inglaterra preindustrial a fin de demostrar por qué, en aquella figuración social, grupos de todos los niveles en la jerarquía social pudieron tener, en equilibrio, formas de participación deportiva «dirigidas a sí mismos» o «egocéntricas», es decir, cómo fue posible que participaran en los deportes sólo por diversión. Luego intentaré mostrar por qué, con el nacimiento de los Estados nacionales industrializados y urbanos, llegaron a desarrollarse formas deportivas más «dirigidas a lo otro», más orientadas a la búsqueda de récords, a la búsqueda de identidad y a la lucha por beneficios económicos. Por último, analizaré lo que considero la importancia social cada vez mayor del deporte y el papel desempeñado por su difusión internacional en este proceso social global.

La ética del deporte como afición es la ideología deportiva dominante en la Gran Bretaña de hoy y, creo correcto decir, en los grupos que gobiernan el deporte en todo el mundo: por ejemplo, en el Comité Olímpico Internacional y en sus diversos afiliados nacionales. El principal componente de esta ética es el ideal de practicar los deportes «por diversión». Otros aspectos, como el hincapié en el «juego limpio», en el acatamiento voluntario de las reglas y en la participación con fines no pecuniarios, son esencialmente ancilares, destinados a facilitar el logro de ese objetivo central: hacer de los torneos deportivos unas «luchas ficticias» que puedan generar una excitación agradable. El ejemplo más remoto en el tiempo que he encontrado de uso explícito de esta ética para criticar la tendencia hacia la creciente seriedad en el deporte aparece en un libro de Trollope publicado en 1868:

Se está otorgando una importancia desmesurada a los deportes, y quienes los practican han llegado a creer que alcanzar el éxito normal y ordinario en ellos es algo indigno [...] Todo esto obedece al exceso de entusiasmo que se pone en ellos, al deseo de perseguir demasiado una meta que, para ser agradable, debería ser un placer y no un negocio... [Ésta] es la roca contra la que posiblemente naufraguen nuestros deportes. Si llegara a volverse irracional en su gasto, arrogante en sus exigencias, inmoral y egoísta en sus inclinaciones o, lo que es peor, sucio y desho-

nesto en su tráfico, contra él se levantará una opinión pública a la que no podrá resistir.<sup>13</sup>

Es probable, naturalmente, que existan ejemplos anteriores, pero esta apología de los valores del deporte de afición, con su acento en el placer como ingrediente esencial, se produjo en una etapa temprana del desarrollo del deporte moderno, sobre todo en una época en que el deporte profesional tal como lo conocemos hoy apenas existía. Entonces algunos hombres se ganaban la vida precariamente como boxeadores o jugadores de jockey y de críquet, pero el hecho de que sólo hubiera un puñado de ellos hace pensar que la crítica de Trollope iba dirigida fundamentalmente contra la tendencia hacia la creciente seriedad dentro del deporte de afición o *amateur*. Y es posible también que uno de los objetivos principales de su crítica fuera lo que los historiadores han denominado el «culto a los juegos en las escuelas privadas»,<sup>14</sup> un movimiento que tuvo lugar dentro de las citadas escuelas y que se caracterizaba por estos cinco aspectos principales: 1) la tendencia a designar y ascender a los miembros del profesorado con base en criterios deportivos más que académicos; 2) la selección de prefectos, es decir, de los muchachos más destacados de la escuela, principalmente por sus habilidades deportivas; 3) la elevación del deporte a un lugar importante, a veces predominante, en el plan de estudios; 4) la racionalización educativa del deporte, especialmente de los juegos en equipo, como medio de «forjar el carácter», y 5) la participación de los miembros del claustro de profesores como organizadores y jugadores en los juegos de sus alumnos. Es probable, desde luego, que tal movimiento surgiera sólo en las escuelas de élite, donde estudiaban muchachos cuyo futuro profesional no dependía, en la mayor parte de los casos, de una educación académica. Pero eso es menos relevante para nuestro propósito que el hecho de que este culto a los juegos en las escuelas privadas muestra con claridad que la tendencia a considerar cada vez más seriamente el deporte en Gran Bretaña fue, en sus primeras etapas, un fenómeno relacionado con el deporte de afición, no con el profesional, y que no comenzó a cobrar importancia debido al conflicto entre aficionados y profesionales como aduce Huizinga. De hecho, quisiera proponer la hipótesis de que la ética de afición fue enunciada como una ideología opuesta a la tendencia hacia la creciente seriedad en el deporte y que recibió su formulación más explícita y detallada cuando, como parte de esa tendencia, empezaron a surgir las actuales formas del deporte profesional.

<sup>13</sup> Anthony Trollope, *British Sports and Pastimes*, Londres, 1868, pp. 6-7.

<sup>14</sup> Cf. Morris Marples, *A History of Football*, Londres, 1954.

Antes del decenio de 1880, la ética del deporte de afición existía en Gran Bretaña en un estado relativamente embrionario, es decir, era un conjunto amorfo, no bien definido, de apreciaciones sobre las funciones del deporte y las normas que se creían necesarias para el cumplimiento de tales funciones. No obstante, con la amenaza planteada por la incipiente profesionalización de nuevos deportes como el fútbol y el rugby, un proceso que comenzó en el norte y en las Midlands y que introdujo como organizadores, jugadores y espectadores a personas de bajo estatus —provincianos pertenecientes a la clase media y obrera— en el ámbito de los deportes que hasta entonces había sido coto exclusivo de la «élite de las escuelas privadas», de la clase dirigente del país, la ética del deporte de afición comenzó a cristalizar como ideología elaborada y definida.<sup>15</sup> En otras palabras, fue una acción colectiva desarrollada por los miembros de una colectividad en oposición a los miembros de otra a la que percibían como una amenaza tanto para su preeminencia organizativa y lúdica como para las formas en que los miembros de aquella deseaban que se jugara el juego. En resumen, trato de decir que, aun cuando la élite de las escuelas privadas solía vestir sus declaraciones con términos específicamente deportivos, clamando que lo único que les interesaba era preservar la esencia del deporte, su aspecto lúdico «orientado a la diversión», la hostilidad y el resentimiento contra las otras clases y regiones por la pérdida de su antiguo dominio contribuyeron mucho a que articularan la ética del deporte de afición como ideología explícita.

Sin embargo, si estoy en lo correcto, la situación social en la que se hallaron inmersos los miembros de esa élite cada vez se apartaba más de la realización plena e irrefrenable del deporte dirigido al yo, orientado al placer, de modo que cuando definieron y desplegaron la ética del deporte de afición para responder a la creciente amenaza desde abajo, lo que intentaban era mantener formas de participación deportiva a las que ellos creían tener derecho por ser miembros de la clase dominante —formas que de hecho habían sido posibles para los grupos gobernantes e incluso para los grupos subordinados en la era preindustrial— pero que ahora resultaban cada vez más imposibles para ellos.

Este punto de vista se apoya en el hecho de que muchos de los «ultrajes» cometidos, según la élite de las escuelas privadas, en el deporte profesional, eran al menos igual de evidentes en el culto a los juegos de las escuelas a las que ellos habían asistido. Un refuerzo más de esta tesis —si bien hubo excepciones sinto-

<sup>15</sup> He llamado «élite de las escuelas privadas» a la clase gobernante de Inglaterra de fines del siglo XIX para subrayar el papel de estas escuelas en la unificación de sus sectores burgueses predominantes, hacendados y establecidos.

máticas como el equipo de fútbol «los Corintios»<sup>16</sup> viene del hecho de que, en un número creciente de deportes, la élite de las escuelas privadas se retiró a sus propios círculos exclusivos, revelando con su miedo a ser derrotados por jugadores profesionales que ellos jugaban tanto por la fama de ser triunfadores como por diversión. Como es lógico, esta corriente separatista se debió probablemente, en parte, al hecho de que los encuentros entre equipos profesionales y aficionados habrían sido con frecuencia desiguales y faltos de tono debido a la discrepancia en habilidad que generalmente existe entre jugadores de tiempo completo que ejercen su profesión y jugadores de media jornada que sólo se limitan a participar en una actividad recreativa. Pero no acaba aquí la historia, como lo sugiere el hecho de que surgió otra corriente separatista más entre los miembros de la élite de las escuelas privadas dentro de las filas del deporte de afición. Es decir: no estaban dispuestos a someterse regularmente a la posibilidad de ser vencidos por equipos de aficionados pertenecientes a la clase obrera, de modo que prefirieron enconcharse en sus propios círculos exclusivos; pero, al hacerlo, demostraron no sólo que tenían prejuicios de clase sino también que participaban en el deporte seriamente y con el fin de ganar —la meta del éxito se había adelantado en su jerarquía de valores deportivos a la de participar primordialmente por la diversión—. Nuevos apoyos para este punto de vista son proporcionados por un análisis figuracional del deporte en la Gran Bretaña del siglo XVIII.

La figuración social general de Gran Bretaña en el siglo XVIII, de hecho todo el patrón de interdependencias sociales en este país antes de la Revolución industrial, era uno en el que había relativamente pocas presiones estructurales sobre los grupos, altos o bajos en la escala social, hacia la búsqueda del éxito y de logros, es decir, hacia formas de participación «dirigidas a lo otro», tanto en el campo de los deportes como en otros campos. El grado relativamente bajo de centralización por el Estado y de unificación nacional se traducía, por ejemplo, en que los juegos populares tradicionales, los practicados por el pueblo común,

<sup>16</sup> Los Corintios fue un equipo de aficionados que se formó a fines del siglo XIX, reclutando a sus miembros en escuelas privadas y en las universidades de Oxford y de Cambridge, que logró mantenerse durante un tiempo jugando contra equipos profesionales. Era una excepción sintomática dentro de la tendencia general hacia la exclusividad por parte de la élite de las escuelas privadas en el sentido de que este equipo se formó deliberadamente para combatir el éxito creciente de los equipos profesionales y para celebrar y mantener el querido ideal de los aficionados. No obstante, al adoptar un patrón de reclutamiento que no era específico de ninguna localidad o institución en concreto incorporaron uno de los «ultrajes» defendidos por los proponentes del ideal de afición: ser destruido por el profesionalismo. Es decir, al igual que los equipos profesionales que eran reclutados sobre una base nacional, los Corintios se apartó de una pauta de representación deportiva en que equipos concretos de una localidad o institución, reclutados en comunidades de varias clases, eran tenidos como una característica esencial del «verdadero» deporte.

se jugaban aisladamente por regiones y las competencias se celebraban tradicionalmente entre pueblos contiguos, ciudades vecinas, o entre distintos barrios de las ciudades. No existía un marco nacional de competencias, si bien la aristocracia y la *gentry* constituían una excepción parcial en este aspecto. Sus miembros eran, y se veían a sí mismos, como clases nacionales y competían nacionalmente entre ellos. En consecuencia, se generó dentro de sus filas un cierto grado de presión competitiva «dirigida a lo otro» en las actividades deportivas. Pero, hablando en términos generales y también en lo concerniente al deporte, no estaban sometidos a presión alguna ni desde arriba ni desde abajo. En aquella etapa, el nivel de formación del Estado en el desarrollo de la sociedad británica era relativamente bajo y, en realidad, la aristocracia y la *gentry* «eran el Estado», es decir, que utilizaban el aparato estatal al servicio de sus propios intereses. Ellos habían establecido la prioridad del Parlamento sobre la monarquía y gobernaban una sociedad en la que el equilibrio de poder entre las clases se caracterizaba por unas desigualdades enormes. En consecuencia, nada amenazaba seriamente su posición como clase dominante. Su firme dominio implicaba un alto grado de seguridad de su estatus y esto significaba, a su vez, que los aristócratas y caballeros, por regla general, no estaban seriamente amenazados por el contacto con miembros de las clases sociales inferiores. En cualquier contexto, ellos sabían quién era el que mandaba, y el resto también —el enorme desequilibrio de poder entre las clases condujo a pautas de deferencia de parte de los subordinados—.

Esa seguridad de estatus abarcó también la esfera recreativa, incluido el deporte. La aristocracia y la *gentry* participaban en los juegos populares como organizadores y como jugadores y utilizaron su influencia para crear formas profesionales de críquet, combates de boxeo en los que el ganador recibía un premio en metálico, y carreras de caballos. La carrera profesional de los deportistas que llegaron a serlo en tales condiciones se basaba en la subordinación absoluta del profesional a su patrocinador, y esta dependencia incluía hasta las posibilidades de supervivencia del primero en poder del último. Esa clase de profesionalismo no representaba ninguna amenaza para los intereses y valores de la clase gobernante. El deporte profesional no era sospechoso moral ni socialmente y no había necesidad de combatir u ocultar el hecho de que de los juegos podía obtenerse ganancia pecuniaria, ya fuese como salario, ya como resultado de una apuesta. Por encima de todo, jugando entre ellos o con sus asalariados, la aristocracia y la *gentry* podían participar en los deportes por diversión, es decir: su posición social —el poder y la relativa autonomía de que gozaban— les permitió desarrollar formas de participación deportiva dirigidas a sí mismos o egocéntricas y, aunque



no se vieron forzados a elaborar la ética de afición como ideología explícita, se acercaron mucho a los aficionados en el sentido «ideal típico» del término.

Si este diagnóstico es correcto, de él se desprende que la figuración social global de la Inglaterra preindustrial y, creo poder decir también, de otras sociedades preindustriales, no tendía a generar una presión competitiva intensa en las relaciones deportivas dentro ni entre los grupos gobernantes o subordinados. Se desprende asimismo que la presión hacia formas de participación deportiva dirigidas a lo otro y orientadas al éxito ha de buscarse en la figuración social nacida con la industrialización. Ahora intentaré señalar cuáles fueron los puntos de contacto entre estos dos procesos sociales, es decir, entre la industrialización y la tendencia a largo plazo hacia una seriedad cada vez mayor en la participación y búsqueda de éxitos en el deporte. Brevemente, y como adelanto del análisis que presentaré enseguida, puedo decir que la clave de esta relación radica en el proceso que Elias denomina «democratización funcional»: el cambio nivelador en el equilibrio de poder dentro y entre los grupos ocurrido de forma contingente en los procesos interrelacionados de formación del Estado y alargamiento de las cadenas de interdependencia. Pero antes de explicar lo que esto significa es necesario contrastar el punto de vista de Elias sobre la división del trabajo con el punto de vista de Durkheim.

#### LA INDUSTRIALIZACIÓN Y EL DESARROLLO DE FORMAS DEPORTIVAS ORIENTADAS A LA BÚSQUEDA DEL ÉXITO

Según Durkheim, la estructura de las sociedades industrializadas se caracteriza por una alta densidad «material» así como por una elevada densidad «moral» o «dinámica», es decir, por una población altamente concentrada y un elevado índice de interacción social entre los individuos y los grupos.<sup>17</sup> Creía que las presiones competitivas generadas en tales sociedades se reducirían o incluso serían tal vez erradicadas por la división del trabajo. La división del trabajo, apuntaba él, tendría ese efecto de dos maneras: creando «lazos de interdependencia» y canalizando las tensiones generadas por la competitividad en sectores ocupacionales especializados. Su análisis sin embargo tiene una falla fundamental al no haberse dado cuenta de que la interdependencia funcional o división del trabajo no conduce necesariamente a la integración armoniosa y en cooperación sino, incluso en sus formas «normales», al conflicto y el antagonismo. En resumen: su concep-

<sup>17</sup> Émile Durkheim, *The Division of Labour in Society*, Nueva York, 1964.

to de sociedad basada en la «solidaridad orgánica» es utópico. Una concepción más realista de la interdependencia es la propuesta por Elias.

Según este autor, la transformación social a largo plazo a la que habitualmente nos referimos con palabras que denotan determinados aspectos concretos como *industrialización, desarrollo económico, transición demográfica, urbanización y modernización política* es, de hecho, una prolongada transformación de toda la estructura social.<sup>18</sup> Y arguye que uno de los aspectos sociológicamente más significativos de esta transformación social completa es el nacimiento de «cadenas de interdependencia» más largas y diferenciadas, lo cual quiere decir una mayor especialización en las funciones y la integración de grupos funcionalmente diferenciados en redes más amplias. Paralelamente, se produce además, según Elias, un cambio en el sentido de que disminuyen las diferencias de poder dentro y entre los grupos, más concretamente, un cambio en el equilibrio de poder entre gobernantes y gobernados, entre las clases sociales, entre hombres y mujeres, padres e hijos. Tal proceso es posible debido a que quienes realizan papeles especializados dependen de otros y pueden ejercer, por tanto, un control recíproco. Las oportunidades de poder de los grupos especializados acrecen aún más si sus miembros se organizan, ya que entonces están en posición de interrumpir el amplio sistema de interdependencias mediante la acción colectiva. Así es como, según Elias, la división cada vez mayor del trabajo y el nacimiento de cadenas de interdependencia cada vez más largas lleva a una dependencia recíproca mayor y, por tanto, a patrones de «control multipolar» dentro y entre los grupos, es decir, a una figuración social global en la que individuos y grupos están sometidos a presiones cada vez más fuertes por parte de los demás. Esa presión es eficaz debido a las dependencias recíprocas.

Para el presente análisis, esta teoría engañosamente simple es relevante de múltiples formas. En la moderna estructura de interdependencias sociales es inherente la demanda del deporte interregional y representativo. Esta demanda no se presentó en las sociedades preindustrializadas porque la falta de unificación nacional y los escasos medios de transporte y de comunicación hacían que no hubiese reglas comunes ni modo alguno de reunir con regularidad a deportistas de diferentes zonas. Al mismo tiempo, el arraigado «localismo» de tales sociedades hacía que los grupos de jugadores sólo viesan como rivales en potencia a los grupos contiguos a ellos en el sentido geográfico. Las sociedades industriales modernas, sin embargo, son distintas en todos estos conceptos. Relativamente unificadas a nivel nacional, cuentan con medios de transporte y comunicación

<sup>18</sup> *What is Sociology?*, pp. 63 y ss., 99 y ss.

superiores, deportes regidos por reglas comunes, y un cosmopolitismo que hace que los grupos locales vean como rivales a otros grupos geográficamente no adyacentes y estén ansiosos por compararse con ellos. De ahí que tales sociedades se caractericen por índices elevados de interacción deportiva entre las zonas, un proceso que conduce a la estratificación interna en deportes concretos, a una escala jerárquica de deportistas y equipos deportivos en la cima de la cual se hallan los representantes de las unidades más grandes.

Esto significa, a su vez, que las presiones y controles recíprocos que operan en las sociedades urbanas industrializadas se repiten generalmente en la esfera del deporte. En consecuencia, los deportistas del más alto nivel no pueden ser independientes y jugar sólo por diversión, sino que se ven obligados a una participación deportiva seria y dirigida a lo otro. Es decir, no pueden jugar por sí mismos sino que han de representar forzosamente a unidades sociales de gran tamaño como ciudades, condados y países. Por esa razón se les proporcionan ganancias materiales y/o de prestigio, instalaciones y tiempo para entrenarse. A cambio, se espera de ellos que tengan una buena «actuación deportiva», o sea, las satisfacciones que exigen los controladores y «consumidores» del deporte, el espectáculo de una competencia emocionante por la que están dispuestos a pagar, o la validación, mediante el triunfo, de la imagen y la «fama» de la unidad social con la cual unos y otros se identifican. Idéntico sentido tienen las ingentes cantidades de personas implicadas y el marco competitivo local, regional, nacional e internacional del deporte moderno. Todo ello indica que la alta y sostenida motivación para ganar, la planificación a largo plazo, el estricto autocontrol y la renuncia a una gratificación inmediata, en otras palabras, la práctica y el entrenamiento constantes, son necesarios para llegar a la cima y permanecer en ella. También es indispensable un cierto control burocrático, lo cual conduce todavía más a la subordinación de los deportistas en otro aspecto.

En todos estos sentidos la figuración social, el patrón de dependencias entre los grupos característico de toda nación-Estado urbana e industrial, genera restricciones que obstaculizan la puesta en práctica de la ética de afición, con su hincapié en el placer como meta central del deporte. O dicho con más exactitud, genera restricciones que son trabas a la obtención del placer inmediato y a corto plazo, que impiden que cada encuentro deportivo sea un fin en sí mismo, sustituyéndolo, tanto para los jugadores como para los espectadores, por metas a más largo plazo tales como la victoria en una liga o copa, o por satisfacciones que tienen que ver de forma más directa con la identidad y con el prestigio. Además, tales restricciones no están confinadas al deporte de alto nivel, sino que descienden haciéndose sentir hasta en los niveles más bajos de las competencias deporti-

vas. Esto en parte se debe al hecho de que los deportistas de alto nivel forman un grupo de referencia que, promovido por los medios de comunicación de masas, establece pautas que los demás tratan de seguir. También es, en parte, consecuencia de las presiones generadas por las recompensas materiales y de prestigio que pueden obtenerse llegando a la cima. Sin embargo, esta disminución del placer como objetivo central del deporte en modo alguno se debe sólo a las presiones generadas dentro del deporte mismo sino también, y quizá fundamentalmente, a la angustia y la inseguridad penetrantes y profundamente arraigadas de forma general en una sociedad que se caracteriza por presiones y controles multipolares y en la cual los soportes de la identidad y el estatus asociados con las relaciones tradicionales de clase y autoridad, entre los sexos y las generaciones, se han visto erosionados en su base por la democratización funcional, es decir, por el proceso nivelador que es consustancial, según Elias, a la división del trabajo.

#### CONSIDERACIONES SOBRE LA CRECIENTE IMPORTANCIA SOCIAL DEL DEPORTE

Con lo dicho hasta aquí he presentado en líneas generales una explicación figuracional de la tendencia generalizada a tomar el deporte con una seriedad cada vez mayor. Queda por analizar, en relación con esto, el proceso que ha llevado al aumento de su importancia social. Por tratarse de una cuestión complicada, sólo podremos mencionarla brevemente en este ensayo. Además del cambio, tanto en las ideas como en los hechos, ocurrido en el equilibrio entre trabajo y ocio, se puede señalar un proceso que ha aumentado la importancia social de las actividades recreativas en general, un conjunto de al menos tres aspectos de la emergente figuración social moderna que están interrelacionados y que han contribuido al aumento de la importancia social del deporte. Son: 1) el hecho de que el deporte ha cobrado fuerza como una de las principales fuentes de emoción agradable; 2) el hecho de que se ha convertido en uno de los principales medios de identificación colectiva, y 3) el hecho de que ha llegado a constituirse en una de las claves que dan sentido a la vida de muchas personas.

Elias y yo hemos señalado antes que el deporte es un acontecimiento recreativo «mimético» que puede producir emoción agradable y que, en ese sentido, realiza una función «des-rutinizadora».<sup>19</sup> No hay, sin embargo, sociedad sin controles ni rutinas o, en palabras de Elias, no existe un «punto cero» de civilización.

<sup>19</sup> Véase el capítulo I de este volumen, p. 111.

En ese sentido, la necesidad de desrutinización es probablemente universal. Ahora bien, como las sociedades urbanas industrializadas se caracterizan por un alto grado de rutinización y civilización, con presiones y controles multipolares, sus miembros están en consecuencia continuamente presionados a ejercer una fuerte restricción emocional en su vida diaria, con lo cual la necesidad de actividades recreativas desrutinizadoras como los deportes es particularmente intensa en tales sociedades. No obstante, este proceso desrutinizador, esta excitación de las emociones en público que la sociedad permite, está a su vez sometida a controles civilizadores. En otras palabras, el deporte es tanto para los jugadores como para los espectadores un reducto social en el que puede generarse emoción agradable en una forma socialmente limitada y controlada.

Con todo, la excitación generada puede ser intensa, especialmente en los acontecimientos deportivos de alto nivel que atraen a grandes cantidades de personas y, *pace* Huizinga, para quien el deporte se ha vuelto «profano», es probablemente esto lo que constituye la base experimental de la percepción generalizada del deporte como un fenómeno «sagrado». Durkheim alegaba que la emoción o «efervescencia» colectiva generada en las ceremonias religiosas de los aborígenes australianos constituía la principal fuente de experiencia para considerarlas un reino «sagrado»,<sup>20</sup> y no parece descabellado suponer que la «efervescencia colectiva» generada en los acontecimientos deportivos sea la raíz del hecho de que, al menos en Gran Bretaña, sea común hablar de los terrenos de juego de fútbol y de críquet, sobre todo de aquellos en que tienen lugar los encuentros representativos, como del campo «sagrado» o «santificado». De hecho, probablemente no sería exagerado decir que, al menos para ciertos grupos de la sociedad actual, el deporte se ha convertido en una actividad cuasirreligiosa y que, hasta cierto punto, ha venido a llenar el vacío dejado en la vida social por el declive de la religión. Un ejemplo extremo pero significativo de este carácter cuasirreligioso del deporte moderno lo hallamos en el hecho de que en Liverpool es ya casi una tradición que los seguidores del Liverpool Football Club dispongan que a su muerte sus cenizas sean esparcidas sobre el terreno de juego del estadio Anfield, como si desearan continuar identificados, aun después de la muerte, con el «sagrario» o «templo» ante el que profesaron su culto estando en vida. En cualquier caso, sin llegar a estos extremos, está claro que participar como jugador y/o espectador en algunos deportes ha llegado a convertirse en uno de los principales medios de identificación colectiva en la sociedad moderna, así como en una de las principales fuentes de sentido en la vida de numerosas personas. En resumen, no es absurdo en

<sup>20</sup> *The Elementary Forms of the Religious Life*, Londres, 1976.

modo alguno decir que el deporte está convirtiéndose cada vez más en la religión seglar de esta época cada vez más profana.

Probablemente es el carácter oposicional por naturaleza del deporte, o sea, el hecho de ser una lucha por el triunfo entre dos o más equipos o individuos, lo que explica su preeminencia como centro de la identificación colectiva. Esto significa que se presta a la identificación de grupos, más exactamente a la formación «dentro del grupo» y «fuera del grupo», o a la de «nosotros como grupo» y «ellos como grupo», en una variedad de niveles como los de ciudad, región o país. El elemento oposicional es decisivo, puesto que el enfrentamiento sirve para reforzar la identificación como grupo, es decir que el sentimiento de «nosotros» como grupo, como unidad, se refuerza ante la presencia de otro grupo percibido como «ellos», el equipo contrario, sea local o nacional, y sus seguidores. Así es, en efecto, pues dentro de las naciones-Estado internamente pacificadas, es decir, en las sociedades en que el Estado ha monopolizado el derecho a emplear la fuerza física, el deporte proporciona a las unidades sociales grandes, complejas e impersonales como las ciudades la única oportunidad de unirse. Similarmente, en el plano internacional acontecimientos deportivos como los Juegos Olímpicos y la Copa del Mundo son las únicas ocasiones que en tiempo de paz tienen las naciones-Estado para reunirse de modo regular y visible. La expansión internacional del deporte se ha afirmado con el aumento de la interdependencia de los países y con la existencia, salvo algunas notables excepciones, de una paz mundial frágil e inestable. Competencias como la de los Juegos Olímpicos permiten que los representantes de diferentes naciones compitan sin matarse entre sí, aunque el grado en que tales encuentros han dejado de ser batallas fingidas para convertirse en luchas «reales» está en función, *inter alia*, del nivel preexistente de tensión entre cada una de las naciones-Estado implicadas. Y naturalmente, es con el fin de participar en este nivel supremo de competencias deportivas por lo que se requieren los niveles más altos de motivación constante para ganar, de autocontrol y auto-negación por parte de los deportistas.

Esto me lleva al último punto de mi presentación: que la presión social ejercida sobre los deportistas en todos los países del mundo para que se esfuercen por ganar en las competencias internacionales es otro factor que incide en la destrucción del elemento lúdico del deporte. Además de esto, es el aumento del prestigio nacional que puede obtenerse triunfando en el deporte internacional lo que ha contribuido principalmente a que los gobiernos intervengan en las cuestiones deportivas, una tendencia que Huizinga deploraba. Se ha dicho que el deporte es un sustituto viable de la guerra, pero pensar así es ver el deporte como una abstracción, como algo independiente y alejado de las figuraciones de seres huma-

nos interdependientes que toman parte en él. Ésta es la cuestión central: si las figuraciones formadas por personas interdependientes, en el deporte como en los demás campos, conducen a la cooperación o a la rivalidad amistosa o si, por el contrario, generan constantemente una lucha seria. Se trata de un tema en el que la investigación sociológica apenas se ha iniciado. No obstante, hay al menos una notable excepción: la obra de Norbert Elias, que he tomado como prototipo al elaborar este trabajo.

## VIII. Lazos sociales y violencia en el deporte

ERIC DUNNING

## INTRODUCCIÓN

Son muchos, hoy en día, quienes creen que vivimos en uno de los periodos más violentos de la historia.<sup>1</sup> De hecho, probablemente sea correcto decir que, en las sociedades occidentales al menos, el temor de que estemos atravesando por un proceso de «descivilización» —en lo que respecta a la violencia física, si es que no en otros aspectos— está profundamente grabado en el *Zeitgeist* contemporáneo, una de las creencias dominantes de nuestro tiempo. Eysenck y Nias, por ejemplo, hablan de «ciertos hechos reconocidos» que, según afirman, «han persuadido a mucha gente de que la civilización en que vivimos puede estar en peligro de desaparecer bajo un diluvio de crímenes y violencia».<sup>2</sup> Paralelamente, el psicólogo Peter Marsh alega que los últimos intentos realizados para erradicar la violencia han llevado a una disminución de las oportunidades para la violencia ritual socialmente constructiva —que él denomina *aggro*—, lo cual ha producido como resultado un aumento de la violencia incontrolada y destructiva. Se ha dado, según él, «un giro de la violencia "buena" a la violencia "mala". Los hombres son más o menos tan agresivos como siempre pero, a medida que esta agresión se expresa de forma menos ordenada, se vuelve más sangrienta en sus resultados».<sup>3</sup>

Una parte no insignificante de la creencia de que vivimos en una era excesivamente violenta es el sentimiento generalizado de que la violencia aumenta cada día más en y en relación con los deportes. Yiannakis, McIntyre, Melnick y Hart, por ejemplo, escriben que «pocos dudarán de que en el deporte la violencia, tanto

<sup>1</sup> Este ensayo fue publicado con anterioridad en Jeffrey H. Goldstein (comp.), *Sports Violence*, Nueva York, 1983, con el título de «Social Bonding and Violence in Sport: A Theoretical-Empirical Analysis». Agradezco a Johan Goudsblom sus útiles comentarios sobre una versión anterior.

<sup>2</sup> Hans Jürgen Eysenck y David K. B. Nias, *Sex, Violence and the Media*, Nueva York, 1978.

<sup>3</sup> Peter Marsh, *Aggro: The Illusion of Violence*, Londres, 1979.